

Benigno Suárez Castellón era la persona más seria del mundo. Pocas veces alguien era capaz de sacarle una sonrisa o hacerle cambiar de expresión. Por eso, cuando dijo que se iría a vivir fuera de la ciudad en un lugar abandonado, nadie cuestionó su decisión. Era comprensible que una persona seria, sin familiar alguno, solo con un perro de compañía, eligiera un espacio deshabitado, con mucha luz a falta de ventanas y un poco frío al estar en una de las partes montañosas de la ciudad.

Benigno partió un martes por la tarde, con un camión de mudanza alquilado; sus pertenencias eran pocas: una cama de madera, un armario desarmable que se unía con piezas de metal y no con tornillos, una maleta con sus camisas de siempre, tres pantalones de mezclilla, dos pares de tenis blancas, algunos pares de medias, un abrigo negro y una pijama azul; una caja con ollas y sartenes, un juego de vasos y un pichel, una estufa que trabajaba con gas y su perro Bartolo, de raza desconocida, posiblemente porque cualquiera podía ser su raza. Había llevado unas cortinas que tenía en su antigua casa, con la idea de tapar un poco el frío de la noche.

De su antigua casa al lugar abandonado había un recorrido de más o menos veinte kilómetros. Para su suerte, el camión alquilado tenía un radio en buen estado, por lo que al menos pudo acompañarse de algo de música mientras hacía el recorrido. Bartolo era un acompañante bastante llevadero, pues se acomodó en el sillón y tomó forma de rosca, puso su nariz entre las patas delanteras y ni chistó. No le molestaba la música, no le molestaba el ruido, no le molestaban otros carros o el aire que entraba por la ventanilla. Estaba bastante cómodo.

Benigno puso su emisora favorita, una que solo pasaba boleros de la época. Era su género preferido y al escucharlo solía marcar el ritmo en la manivela, como queriendo bailar un poco pero con la desdicha no te contar con una compañera que le complementara el baile.

Había perdido a su esposa hacía más o menos quince años, en un accidente de tránsito mientras regresaba del supermercado. Aunque Lupe no manejaba, se encontraba en el momento menos indicado cuando ocurrió el evento. Iba caminando por la acera con su bolsa de manta blanca y, sin darse cuenta, dos autos chocaron y uno de ellos se salió de la vía. Lupe no pudo reaccionar ante los gritos de los demás transeúntes, quienes le pedían que se moviera mientras uno de los carros iba hacia ella. Llevó la peor parte, quedó prensada por un tiempo y su cuerpo no resistió cuando la llevaron al hospital. A las horas, había dejado este espacio terrenal, un marido y a un perro.

Desde eso Benigno fue otro. Un acontecimiento así justifica cualquier cambio en la forma de ver la vida, y aquella sonrisa que a menudo le acompañaba se convirtió en un rostro inexpresivo, lineal, que respondía casi más que nada por cortesía. Se convirtió en una persona dedicada a lo suyo, que no se metía con nadie, que se preocupaba por su perro, el único recuerdo que le había dejado su esposa; se la pasaba trabajando como albañil y había pensado en ahorrar para poder dejar la ciudad algún día. Por eso, cuando decidió marcharse nadie se extrañó, porque hacía ya tiempo que ni se notaba por las calles de barrio.

Entre recuerdos y boleros, se pasó el tiempo y el camino y Benigno llegó a su nueva casa. Era un hotel abandonado, cuyos dueños habían perdido una demanda donde el inmueble estaba

empeñado. La contraparte tenía tanto dinero que solo se preocupó por recuperarlo, ganar una batalla de juzgados, y no volver a interesarse por él.

En uno de los caminos a su trabajo se había topado con un agente de bienes raíces quien estaba entregando boletas con ofertas de remates de propiedades. Benigno vio el hotel abandonado y le pareció perfecto para su retiro. Entabló conversación con el muchacho, finiquitaron detalles y acordaron una reunión. Luego de muchas vueltas, definieron un precio, sacó sus ahorros del banco y compró el lugar sin intermediarios y en efectivo.

Al llegar supo que era el adecuado. El silencio era absoluto, no estaba cerca de las calles principales ni tenía vecinos ruidosos. Desde el inicio supo que sería la forma de recordar a Lupe, quien había padecido de sordera poco después de haberse casado; ella no escuchó cuando la muerte iba hacia ella y Benigno quería que así le encontrara a él, en el mayor de los silencios, sin aviso alguno.